

Prólogo

En octubre de 2017, Rebecca Corbett, editora en *The New York Times*, se quedaba hasta el alba en la redacción revisando antes de su publicación los artículos de Jodi Kantor y Megan Twohey sobre las múltiples acusaciones de violación, acoso y abusos sexuales contra Harvey Weinstein. Corbett define su papel como el de «una animadora, una estratega, una escéptica, una red de seguridad».

Aquellos días, antes de publicar los artículos, significaban la culminación de un largo proceso de entrevistas, búsqueda de documentos legales, viajes y comprobación de mapas y viejas fotografías, y llamadas a la puerta para convencer a alguien de que hablara en el umbral de su casa, al igual que se había hecho en la investigación del escándalo Watergate más de cuatro décadas antes.

En contra de lo que a menudo sucede en los periódicos, el desencajenante no fue una filtración ni un soplo.

«La historia de Weinstein no empezó con una pista. Empezó con una pregunta», contó Corbett en una conferencia magistral que dio en el Instituto Reuters de Periodismo de la Universidad de Oxford, ante un auditorio repleto de periodistas europeos el 2 de marzo de 2020, en uno de los últimos momentos de normalidad en Europa antes del estallido de la pandemia.

Unos meses antes, el *Times* había desvelado los acuerdos extrajudiciales para tapar denuncias de acoso sexual contra un popular presentador de Fox News: Bill O'Reilly. La victoria de Donald Trump, orgulloso de su desprecio por las mujeres a su alrededor y acusado a

lo largo de décadas de acoso sexual, había despertado una inquietud y un interés especiales por el asunto.

La pregunta que se formularon en la redacción del *Times* fue: «¿Hay otros hombres, en otros sectores, con historias secretas similares de supuesto acoso?». Mencionaron Silicon Valley, Wall Street o el sector de la hostelería. Hollywood era un lugar evidente para investigar. Había nombres que flotaban desde hacía años y el cine reunía las características habitualmente aparejadas al acoso: cadenas de poder donde una persona podía determinar la carrera de muchas otras en un ambiente donde se movía mucho dinero. Luego, como contaba Corbett, vinieron las siguientes preguntas: «¿Verdaderamente hay algo ahí? Y, si lo hay, ¿es de interés público?».

El caso de Weinstein fue el que desencadenó en todo el mundo el impacto del movimiento #MeToo, una etiqueta que ya existía, pero que hasta entonces no había adquirido tanta repercusión. Pero para el *Times* significó solo una parte de sus extensas investigaciones en múltiples sectores. El retrato que quedó de esas investigaciones fue el de un problema sistémico más allá de las anécdotas de unos hombres concretos que, en algunos casos, han rendido cuentas en los tribunales (Weinstein fue condenado a veintitrés años de cárcel unos días después de la charla de Corbett). A menudo se trata de un abuso de poder facilitado por un ambiente permisivo con la discriminación o las pequeñas humillaciones cotidianas.

Los patrones se repiten en todo el mundo y en sectores de todo tipo, también en la ciencia, como explica Ángela en este libro pionero en España. Como buena reportera, descubre episodios particulares de abuso y acoso en laboratorios y centros de investigación con muchos detalles. Pero, más allá de las anécdotas, también refleja qué se oculta tras esas situaciones que no son aisladas. El libro es pionero por enfocarse en la ciencia, pero también porque la investigación de los abusos en el trabajo sigue siendo tabú en España.

A menudo, resulta difícil que las personas que han sufrido acoso hablen de lo que han sufrido, y más cuando para ello deben dar su propio nombre. Las pocas que se atreven siguen encontrando escaso apoyo de colegas e instituciones con protocolos poco claros y con prisa por dar carpetazo a denuncias incómodas. Y si muchos medios han mostrado poco interés en dedicarles el tiempo necesario a estas investigaciones realizadas, ha sido de manera excepcional y con limitada repercusión.

En aquella conferencia que dio Corbett en la Universidad de Oxford, un grupo de periodistas europeos conversaron con ella en un panel tras su discurso y respondieron a preguntas de la audiencia. Yo les pregunté por qué creían que los medios europeos no habían sido capaces de publicar grandes investigaciones parecidas a las tantas desveladas con cuidado por el *Times*, *The New Yorker* o el *Washington Post*. Ni siquiera cuando afectaban a sus grandes personajes. Por qué las acusaciones de acoso sexual contra Plácido Domingo las había desvelado y las había seguido la agencia estadounidense AP y no un gran periódico español con recursos. Javier Moreno, entonces director de *El País América*, se encontraba en el panel. No hubo ninguna respuesta clara más allá de que, en efecto, los medios europeos no habían seguido la estela de los estadounidenses.

Por eso las excepciones resultan especialmente valiosas. Como este trabajo concienzudo de Ángela, que desvela casos, pero también intenta explicar el contexto nacional e internacional para entender este momento tal vez de cambio en la sociedad. Tiene especial mérito en un país que premia poco el trabajo del periodismo entregado, con estándares altos y lejos del titular fácil o la opinión altisonante.

Kantor y Twohey disponían del apoyo de un gran periódico con un millar de periodistas y las cuentas saneadas, una opinión pública receptiva y un país donde los premios al mérito son casi inmediatos. Su libro *She Said*, publicado por una de las mayores editoriales del mundo, se encuentra ya en proceso de convertirse en película.

En España, *She Said* lo ha publicado una editorial independiente especializada, como este libro de Ángela.

El camino por desvelar la verdad se hace más cuesta arriba en España. Pero tenemos suerte de contar con reporteras como Ángela para recorrerlo.

Oxford, julio de 2021

María Ramírez

Periodista y subdirectora de *elDiario.es*